

25 Febrero

¡QUINTEROS!

FILOSOFÍA DEL HECHO

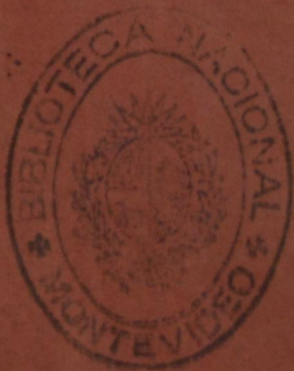
EL PARTIDO BLANCO Y EL COLORADO

SUS CARACTERES Y SUS TENDENCIAS

POR

ANGEL FLORO COSTA

Ab. J. L. 36698. A. 1. 07



NUEVA EDICION

MONTEVIDEO

Imp. «El Siglo Ilustrado», de Turenne, Varzi y C.º

Calle 18 de Julio núm. 23

1901

¡QUINTEROS!

FILOSOFÍA DEL HECHO

EL PARTIDO BLANCO Y EL COLORADO

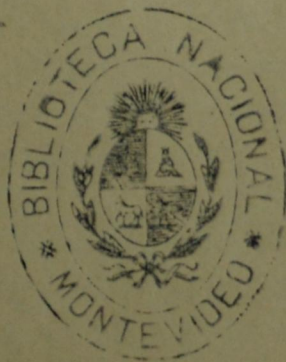
SUS CARACTERES Y SUS TENDENCIAS

POR

ANGEL FLORO COSTA

L. 13.716 -

NUEVA EDICIÓN



MONTEVIDEO

Imp. «El Siglo Ilustrado», de Turenne, Varzi y C.ª

Calle 18 de Julio núm. 23

1901

I. 299.764

L. 13.716 -

SALA URUGUAY

DEDICATORIA

La rememoración de Quinteros, ha sido siempre para el partido colorado á la vez que homenaje propiciatorio á los ilustres antecesores en su fe política que fueron coronados por el martirio en aquella tremenda jornada; ocasión de retemplar convicciones y de renovar enseñanzas ejemplares.

En 1884, la celebración del aniversario dió motivo á una producción que ha sobrevivido y ha ido adquiriendo cada vez más valor, por la belleza de la forma y por la profundidad de su fondo filosófico, histórico y político: es la *oración fúnebre* que el ilustre publicista doctor Angel Floro Costa, pronunció al pie del monumento de los mártires.

Nunca hasta entonces, á no ser el mismo Costa en su folleto *La Metafísica y la Ciencia* y Juan Carlos Gómez en rasgos y observaciones aislados de sus brillantísimos artículos, se había establecido de una manera tan evidente el carácter distintivo de los dos partidos tradicionales del Uruguay: el colorado y el blanco (ó nacional); sus tradiciones y sus tendencias, el espíritu que ha informado sus actos del pasado, y que con ligeras atenuaciones se nota en la conducta del

presente y ha de caracterizar su actuación en lo porvenir.

El doctor Costa ha sabido como pocos, en sus escritos políticos, extraer la filosofía de los hechos, mostrar como la historia es según un profundo concepto, la política del pasado, así como la política es la historia del presente.

Esa oración fúnebre es y será siempre, á la vez que, como la caracterizó Carlos María Ramírez, una producción que recuerda las de Bossuet, una elocuentísima lección de historia y de política.

En este año de 1901, en que por esos extraños *ricorsi* de los tiempos y las circunstancias, parece reproducirse con sus signos y augurios fatídicos, la situación del país y del partido colorado en vísperas de *Quinteros*, nos ha parecido oportunísimo reproducir la elocuente oración del más ilustre publicista colorado y uruguayo viviente, para que las nuevas generaciones que no la conocen, y nacionales y extranjeros, estudien la tremenda lección y deduzcan de ella las ejemplares enseñanzas que contiene.

Los hechos, como los momentos históricos se parecen á veces de una manera extraordinaria; y ya que en estas circunstancias tantas cosas encontramos que nos recuerdan los días tristísimos del Gobierno execrado de Pereira y las trágicas vísperas de *Quinteros*; sirva la evocación de los sucesos fatales y la filosofía derivada de ellos, para evitar que arriba ó abajo se reproduzca lo que deseamos considerar como un caso único en nuestra historia.

EL EDITOR.

Montevideo, 2 de Febrero de 1901.

SEÑOR PRESIDENTE.

Señores:

No era yo por cierto el ciudadano más autorizado para tomar la palabra en este acto solemne de reparación nacional, que nos convoca al pié de la tumba de los mártires que en Quinteros rindieron su vida en aras de la libertad de la Pátria.

Este alto honor correspondía de derecho á las víctimas sobrevivientes de la luctuosa hecatombe que conmemoramos—pero al declinarlo ellas en mí, han querido sin duda que una voz ménos embargada por las congojas del sentimiento, se hiciera éco en este acto del incruento valedicto, que la piedad póstuma de todo un pueblo ha pronunciado ya desde hace veinticinco años sobre aquella infausta efeméride de nuestra Historia Nacional.

La religión de los recuerdos evocados al pié de las tumbas que guardan los despojos de mártires queridos, será siempre la más santa de las religiones—y la más conmovedora leyenda escrita en los blasones de un pueblo abnegado y generoso.

Estamos reunidos al pié de la tumba que encierra los gloriosos restos de las víctimas de Quinteros...!!

Pues bien, señores—¿Sabeis lo que es esta tumba?

Esta tumba, señores, no es solo el suntuoso mausoleo que la piedad cívica ha levantado para perpetuar la memoria y la patriótica veneración de los ilustres mártires que encierra.

Es algo más que eso.

Esta tumba es una columna miliaria de nuestra ensangren-

tada historia—una pagoda de meditación y recogimiento, donde las generaciones presentes y venideras, vendrán á recibir inspiraciones cívicas y á dulcificar la violencia de sus pasiones fratricidas ante la esterilidad de la sangre derramada y la inagotable fecundidad cristiana del martirio.

No quiero por lo mismo, señores, traer á vuestra mente los prolijos detalles de las luctuosas escenas de aquellos días de vértigos criminales, que hoy solo harían revivir rencores cicatrizados por el tiempo;—y cuyo relato podreis recojer sin duda con mayor elocuencia de boca de las víctimas que sobreviven.

Yo quiero tan solo aprovechar este solemne momento para hablaros del drama de Quinteros como enseñanza histórica y considerar aquel nefando episodio, como el acto final de una época de sangre y de barbárie, que cavó para siempre la tumba de un partido político, á la vez que selló con la aurea corona del martirio el triunfo de la causa de la libertad y la civilización, que durante cuarenta años venía debatiéndose con varia fortuna en ambas márgenes del anchuroso Plata.

¡ Para darnos cuenta de la verdadera índole de los hechos más trágicos de la historia de un país, es menester buscar su etiología política al través de la enmarallada trama de los acontecimientos, de las ideas dominantes y de los intereses y pasiones que han modelado el organismo de los partidos y el cerebro de los hombres que más han influido en ellos.

Quinteros, señores, de ese modo enjuiciado no aparece á la mirada del historiador filósofo como un crimen aislado, fortuito, único, sino como el último eslabon de una cadena de atentados, como la explosión, delirante del fanatismo de un partido político, amamantado desde su cuna con tradiciones de sangre, educado en el vilipendio de la personalidad humana y que por do quiera que ha paseado sus legiones ha llevado como Atila el esterminio por bandera y en sus facses el degüello por símbolo.

La mayor parte de los grandes crímenes que nos recuerda la historia, como las matanzas de Lion, las de los Albijenses, las vísperas Sicilianas, la San Bartelemy, el 2 de Septiembre en

Francia, los dramas trágicos del terror, fueron, señores, erupciones súbitas, violentísimas de la venganza social comprimida, ó estallidos brutales de las pasiones religiosas de la época;— fueron por decirlo así crímenes anónimos, de cuya responsabilidad misma se apresuraron á declinar ante el tribunal de la historia sus grandes instigadores.

Pero Quinteros, señores, tuvo esto de peculiar, quizá de único.—No fué un crimen anónimo de cuya solidaridad siniestra declinasen sus insensatos promotores.

Fué un crimen oficial, franco, descarado á la faz del país y del mundo; preconizado en documentos oficiales y en los labios de todo un partido político, como un GRAN ACTO DE JUSTICIA NACIONAL glorificado como un FECUNDO Y PROVECHOSO ESCARMIENTO que aseguraba á perpetuidad la dominación del partido que tuvo la intrepidez de perpetrarlo á la faz de la Nación.

Fué más que eso, fué un crimen chicaneado á los amaños de la muerte por las insidias brutales de una capitulación violada; impuesto con sacrilega efervescencia á los descaecimientos físicos de un decrépito gobernante, por la febril presión de una tenebrosa oligarquía; disputado en fin, señores, por la embriaguez del sofisma á la unísona piedad de todo un pueblo.

Y son estos caracteres escepcionales los que para mi revisten la hecatombe de Quinteros, de una fisonomía propia, única tal vez, en los anales de los pueblos civilizados.

Para que todo un partido político vibrara frenético de un ámbito al otro de la República como una danza de chacales en presencia de un festin de muerte,—para que sus primeros hombres de letras como sus hombres de espada,—para que su ardorosa juventud como sus hombres provecetos, con rarísimas excepciones, se sintiesen convulsos y electricamente agitados por un solo sentimiento, *la matanza del enemigo político*,—ébríos por una sola pasión,—*el esterminio del prisionero rendido*:—Para que después de consumada la matanza, que horrorizó al mundo y mereció en todos los tonos la execración universal; todas sus clases, sus damas más distinguidas, como sus más pudorosas vírgenes desvanecidas como las pitonistas, antiguas por

los sacros furios del fanatismo político, recibiesen á los sacrificadores bajo arcos triunfales y derramasen flores y coronas tejidas por sus níveas manos, sobre sus ensangrentadas frentes; era necesario, señores, que todo ese partido, toda esa colectividad viviente de aquella época, pensase y sintiese de un modo distinto que el resto de sus contemporáneos, y fuese el producto neto de una escuela de degeneración moral, que á no haber sido derribada más tarde del poder en ambas orillas del Plata, hubiese comprometido quizá para siempre en América los nobles blasones de la civilización cristiana.

Es, pues, sobre esto que quería concitar muy especialmente vuestra atención y la de mi patria entera, á la que en este solemne momento, desde lo alto de esta tribuna fúnebre, me cabe la señalada honra de dirigir la palabra.

Es sobre este radical divorcio de tradiciones, de educación política y de esfuerzos; sobre estos abismos de principios humanitarios que distingue á los partidos políticos en esta rica cuenca del Plata, que deseaba fijaseis vuestra vista—porque las tradiciones, señores, son los hilos conductores que guían al historiador y al político; á aquel ayudándole al traves de los acontecimientos á iluminar el caos del pasado y á éste dándole la clave segura para predecir las emergencias lógicas del porvenir.

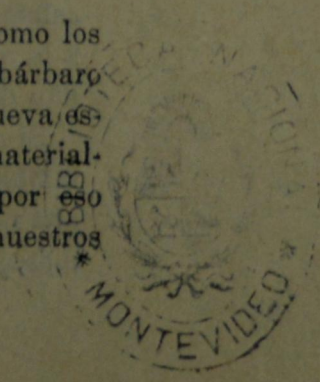
No era posible, señores, que un partido político que había rendido culto espontáneo y frenético á los horrendos desvarios de la dominación sistemada del mayor tirano de América—que había hecho de sus famosas TABLAS DE SANGRE el decálogo de su moral política—que había seguido con interés delirante las hazañas del fraile Aldao y de Quiroga en las provincias argentinas y más tarde victoriado con júbilo caribe, las hazañas de Oribe y su teniente Maza en Monte-Grande, en Catamarca y Tucumán—que registraba como uno de sus precedentes gloriosos la infame violación de la capitulación del Quebracho y las carnicerías de Vences, Pago Largo é India-Muerta.;—Que en pos de eso corrió presuroso á agruparse en masa en las faldas del Cerrito, al pié del Atila Americano,—aclamándole como un Salvador, como el *Presidente legal*, como el principio de autoridad

triumfante;—arriando ante *los gorros de manga* y las rojas banderolas de sus Hunos, la ínclita bandera nacional;—No era posible, señores, afirmo, que un partido que en el lenguaje de la prensa, en sus actos oficiales más solemnes, en sus trajes y en sus costumbres íntimas, agotaba el insulto procaz á su adversario é inscribía como lema permanente en sus documentos públicos el MUERAN LOS INMUNDOS ASQUEROSOS SALVAJES UNITARIOS, y del terror y el degüello había hecho un dogma político y de la confiscación un medio de guerra—que vió ir apagándose día á día en el fango tumultuoso y sangriento de sus campamentos militares, los últimos destellos de su sociabilidad pristina; y se vió forzado á educar á sus hijos en medio de escenas de barbarie y de sangre,—no era posible decía, señores, que ese partido después de haber sucumbido sin gloria en los muros de la invicta Montevideo y de andar durante una década, réprobo y disperso por los campos y las ciudades de la República, no recobrase toda su ferocidad y su saña y olvidase sus instintos salvajes el día que el destino le entregara á sus enemigos inermes y vencidos, bajo la fé de una capitulación solemne y honrosa.

No era posible que malograda esa opipara revancha que le brindaba la suerte—que ideas humanitarias que le eran desconocidas y quiméricas invadiesen de pronto su cerebro y abriesen su pecho á la magnanimidad y el perdón.

No era posible que la cólera cobarde se trocase en gentileza é hidalguía—ni que su orgullo oligarca herido siempre por los nobles azares de la guerra, ni que su encrestado egoísmo, ni la intransijencia de su fetichismo autoritario, abdicasen en una hora ante las leyes del honor militar y ante las consideraciones de una política elevada, fraternal y generosa.

Él solo creía en la eficacia del crimen.—Él solo como los Amonitas había sabido rendir culto á Moloch el Dios bárbaro de la Sangre por eso Quinteros debía ser y fué una nueva explosión de esas iracundas pasiones que si quedaron materialmente vencidas al pié de los muros de la Defensa, no por eso quedaron moralmente estirpadas del pecho sombrío de nuestros antiguos adversarios.



Era, pues, lógico, que retoñasen un día, con todo el volcánico estremecimiento de los ódios salvajes largo tiempo comprimidos y que marcasen para siempre la distancia moral que ha separado el credo y la conducta política de los dos partidos, que bajo un mismo Cielo han luchado por su predominio en esta márgen oriental del Plata.

Entre ellos y nosotros, entre los victimarios y las víctimas había y quizás haya todavía por mucho tiempo un abismo moral que no alcanzará á cegar jamás el sofisma ni la más hábil dialéctica política.

¿Y sabéis cuál es ese abismo señores?

Preguntadsele á estas nobles víctimas sobrevivientes de aquellos nefandos días, que aún recuerdan con estupor las horas de angustiosa incertidumbre, en que, como los condenados del Dante, vagaban sus ojos entre las esperanzas de la vida ó la muerte.

Preguntadsele y ellos sólo podrán decirnos con sobrehumana elocuencia, con verdaderos acentos de ultratumba, lo que significa el respeto á la personalidad humana—lo que valen los esfuerzos perseverantes de tres generaciones ilustres, predicando sin cesar el horror á la sangre fratricida; vituperando la tiránica supresión de las formas en los procesos y derramando oleadas de inspiración patriótica, para alentar al sacrificio por los principios liberales, que aquí como por toda la redondéz de la tierra, son la suprema conquista del hombre civilizado.

Sí, señores, porque nosotros como partido político hemos tenido siempre grandes y generosos ideales en el alma —Como los cruzados antiguos hemos combatido con una fé en el corazón, divisando siembre entre las nubes de rojo infortunio, una Jerusalem Celeste, que menazaba inmolar el islamismo del Plata, y á la que nuestro brazo, nuestra intelijencia y nuestro heroismo, han defendido y libertado.

Si alguna vez en el fragor intenso de la lucha, hemos tenido también horas de vértigo y desvarío, digámoslo bien alto, porque nadie ha de desmentirlo y para que lo oiga el mundo, jamás, jamás hemos sido avaros de la sangre de nuestros herma-

nos, ni hemos dado á la América el protervo ejemplo de esas concupiscencias brutales, insaciables, que fundan su porvenir y su orgullo en el esterminio sacrílego.

Victoriosos ó vencidos no hemos dejado de encontrar siempre en la fuerza virtual de nuestros principios, la brújula moral que en todo tiempo debía preservarnos de las abominaciones de los grandes crímenes.

Por eso si hemos pecado ante la historia, nuestros pecados han sido de imprevisión, de indisciplina, de confianza generosa, tal vez de vanidad, de embriagueces y lirismos anárquicos, pero no hemos, como nuestros adversarios, sobrecargado nuestra conciencia con el gran pecado de Satán, que abominó el Arcangel, ni apurado hasta las heces los deliquios infernales del orgullo, que convierte al hombre en tirano pavoroso de sus semejantes, que petrifica su conciencia en la impiedad, en la ingratitud y el egoísmo y ensordece su corazón á los clamores de la miseria, del infortunio, de la horfandad y de la muerte.

Todos los hechos sangrientos de ese partido político encontrarán algún día su explicación filosófica en esa medula de orgullo que lo caracteriza.

El orgullo ha sido su fuerza, su nervio, su coeficiente y su exponente político, su único verbo—la única sávia que á la vez que le ha hecho impenetrable á la libertad, alimentó en él durante varios lustros esa persuasión enfática, de que era el representante legítimo del principio de autoridad aún á despecho de la abdicacion de 1838.

Por eso, como los legitimistas de todas las épocas, no trepidó en aliarse al extranjero y traer la guerra á su patria y desgarrarla y sacrificarla, pretendiendo levantar sobre las ruinas humeantes del pabellón nacional la bandera blanca—flordelizada de su conde de Chambord,—del Atila del Cerrito.

Fué el orgullo, señores, lo que mantuvo y acaso mantiene hoy su cohesión formidable y su disciplina monástica al través de todas las vicisitudes de nuestra agitada historia; lo que le ha impedido humanizarse, democratizarse, compenetrarse de los dogmas de nuestra moral política y deponer sus blasones auto-

ritarios ante las insignias triunfantes de la libertad y el derecho.

Digámoslo de una vez, él ha creído sinceramente en su nobleza, en los fueros de su alta baronía y ha sabido conservar incólume todas sus idolatrías del pasado.

Aún hoy mismo sus restos forman una raza judaizante en el seno de nuestra sociedad cosmopolita, con sinagogas aparte, vivamente convencida de la superioridad de su valer y sus luces y de su escudo nobiliario, que fortifica los convencionalismos de su moral desdeñosa.

Imbuido de tales sentimientos que aún no han perdido al través del tiempo su intensidad y su vigor, educado bajo el yugo autocrático de dos sangrientas tiranías, no debió ver en los capitulados de Quinteros, sino un grupo de plebeyos rebeldes, anarquistas y tumultuarios, indignos de la misericordia social, cuya muerte era un complemento necesario, después de haber amordazado nuestra prensa, encarcelado y desterrado á nuestros primeros publicistas y más esclarecidos militares y de haber de todos modos conculcado los fueros de la soberanía popular.

Y al sacrificarnos así, creía firmemente que enterraba para siempre, junto con las cabezas que sus sicarios hacían rodar por las enlutadas riberas del Río Negro y con los suplicios berberiscos que infligía á los salvados de la quinta, todo un pasado de gloria que no comprendía, pero cuya afrenta instintiva sentía de vez en cuando arder en sus mejillas.

Creía también que con la amplitud asiática, horrenda, medioeval de una decapitación sin precedentes en la historia moderna, quebraba para siempre la virilidad espartana de un partido homérico y dejaba á perpetuidad garantido el sueño varsoviano de sus oligarquias rusas.

Tal vez todo lo previó,—todo lo analizó con usuraria minuciosidad, su frío y maquiavélico jacobinismo, menos una cosa, señores, la esterilidad de la *sangre fratricida y las atracciones magnéticas del martirio*.

Como las matanzas de San Bartelemy, retemplaron la fé de los Hugonotes y dieron origen á esas interminables guerras de religión que asolaron la Europa en los pasados siglos—así tam-

bién, señores, los viejos compañeros de armas, los deudos y correligionarios sobrevivientes de aquellas nobles víctimas inmoladas en el Paso de Quinteros, debían un día confundir su indignación y sus congojas en el destierro y mancomunarse sus esfuerzos en una Odisea común, para pedir á los victimarios cuenta estrecha de la sangre preciosa de las víctimas.

. ;

Vosotros todos conocéis la historia contemporánea.

¿A qué recordarla entónces.

Conocéis las hazañas épicas de la gran Cruzada Libertadora que debía dar y dió en tierra con la dominación y las esperanzas sombrías de un partido criminoso, tan empecinado como retrógrado é insensato.

Ahora bien.—¿Qué es lo que ha quedado hoy señores, después de cinco lustros de todas aquellas efervescencias sanguíneas, de todas aquellas lujurias satánicas, de aquellas lupercales políticas, en que una verdadera sátiriasis de sangre parecía haber embargado todos los cerebros perturbándolos con los parasismos de un letal veneno?

¿Dónde están; que ha sido de] todos aquellos fanáticos victimarios de esos aciagos tiempos?

Ay! vosotros demasiado lo sabeis!

La justicia divina bien se ha cumplido en ellos y seguirá cumpliéndose hasta la remota posteridad.

Uno tras otro han ido cayendo como réprobos al implacable filo de las Parcas, y los pocos que sobreviven arrastran consigo la ardiente sepultura de sus conciencias, como aquellos míseros habitantes de la ciudad de Dite, que coloca Dante en su Infierno.

Entre tanto, las ideas de progreso han cundido, los intereses materiales y la paz arraigada bajo la égida de nuestro gran partido político, convidan á todas las gentes del Universo á gozar de las bellezas de nuestro clima y de los dones pródigos de una naturaleza exuberante.

La civilización se ha afianzado y los principios} liberales y humanitarios que fueron siempre nuestro decálogo político, nues-

tro orgullo, nuestra fuerza y nuestra gloria, se han abierto anchos caminos y conquistado con su poder magnético hasta las generaciones descendientes de aquel partido para siempre vencido.

Horrorizadas ellas mismas de los crímenes de sus antecesores, han hecho una evolución de decoro que debemos respetar y aplaudir, porque tampoco nos es dado por ahora exigir mayor sacrificio á los vínculos naturales de la sangre.

En su casi totalidad tal vez, la parte más ilustrada, la juventud en masa ó la menos comprometida en las faltas del pasado ha repudiado toda solidaridad con el crimen.

Se ha arrancado con decisión su vieja divisa de guerra, ha cambiado su nombre, su código y su lema político y con la protesta viril del ciudadano rehabilitado en su moral y sus principios, avanza hácia la vida política con el espíritu contrito y reverente y el corazón lleno de provechosas enseñanzas.

Nuestra misión, señores no es desalentarles, sino antes por el contrario, tutelar su definitiva evolución.

Bajo las alas protectoras de nuestro gran partido político, hay campo para todas las ilustraciones; caben, señores, todos los orientales.

Y cuando nos falten inspiraciones generosas para nuestros adversarios, vengamos, señores, á demandarlas á estos lugares de silencio y de dolor, donde se apagan los ruidos del mundo y se pone de manifiesto todo el humo del orgullo y de las vanidades humanas.

Contemplad señores, lo que no muere nunca.

¡La grandeza moral! ¡el genio! ¡el heroísmo guerrero! ¡la ciencia! ¡el martirio por la patria!

Felices de nosotros, señores, que como partido político no somos iconoclastas en la religión de las tumbas.

Felices de nosotros que tenemos tradiciones, de que enorgullecemos, épopeyas grandiosas que enseñar á nuestros hijos, grandes ejemplos que transmitir á las generaciones que nos sucedan, númenes sublimes con que inspirar eternamente la literatura y el arte.

A semejanza de aquellas grandes familias romanas que extendían su patriciado al través de los siglos, el nuestro ni siquiera se ha debilitado porque la defección ó la muerte nos haya arrebatado algunas grandes ilustraciones.

Somos, señores, la rama predilecta de la Nación, porque hemos sabido regarla y fortalecerla con el sacrificio y el martirio de cinco generaciones y si hemos cumplido una gran misión en el pasado, salvando la libertad y el derecho,—redimiendo al pueblo del cautiverio de la ignorancia, radicando la paz y consolidando el crédito público, aún nos resta que cumplir otra más elevada en el presente y en el porvenir, haciendo grata y amada la patria común á todos los orientales, y derramando por igual desde lo alto del Sinai político, los dones bienhechores de la justicia, del progreso, de la libertad y de la ciencia.

Por último, señores, felices mil veces de nosotros, que más arriba de la región en que se desencadenan los ciclones arrasadores de la vida, hemos podido agruparnos para erigir á la memoria de nuestros muertos ilustres, una tumba glorificada ya por la posteridad y que se levanta sobre la conciencia de un pueblo entero, como una grande y perpétua enseñanza moral—como un lugar de expiación para confundir á todos los excepticismos anti humanitarios—como tabernáculo de purificación, en fin, donde todos los uruguayos podamos deponer nuestras iras y rencores y venir á recoger los grandes ejemplos de la constancia cívica.

Los gemidos, señores, que aún se escapan trémulos y vago-rosos como los fátuos fuegos, por las paredes de esta tumba ¿sabeis lo que dicen á nuestros oídos y á los oídos del país entero?

¡¡ Qué ha sido, es y será eternamente estéril el derramamiento de sangre entre hermanos!!

¡¡ Qué el martirio es el riego fertilizante de la fe y la semilla de todos los heroísmos que han salvado las grandes causas!!

.....

Costa, Angel Floro, 1838 - 1906

— 16 —

Permitidme ahora terminar, señores, con una invocación de olvido y de perdón.

¡¡¡ Sombras augustas, espíritus inmortales, de Díaz, Tajés, Freire, Martínez, Caballero, Abella, Espinosa, Poyo, Sacarello, y demás nobles víctimas que sucumbisteis por las libertades patrias en el Paso de Quinteros !!

Si como creo, llega hasta vosotros en la mansión de los justos que habitais y envuelta en las ondas infinitas, del eter la voz deprecatoria de los que en la tierra fuimos vuestros correligionarios políticos.

Si viviendo como vivís en el seno del Grande Espíritu, inundados de sus celestes lumbres, están ya aplacados vuestros males, dirigid una mirada hacia la tierra y derramad las bendiciones del olvido y del perdón sobre la memoria de vuestros inmoladores y como genios ó espíritus intercesores, rogad por la unión del que fué vuestro partido político y más que todo y sobre todo por la fraternidad y concordia de la familia oriental.

He dicho.

ANGEL FLORO COSTA.



